

LA BATALLA DE BORODINÓ

NAPOLEÓN CONTRA KUTÚZOV

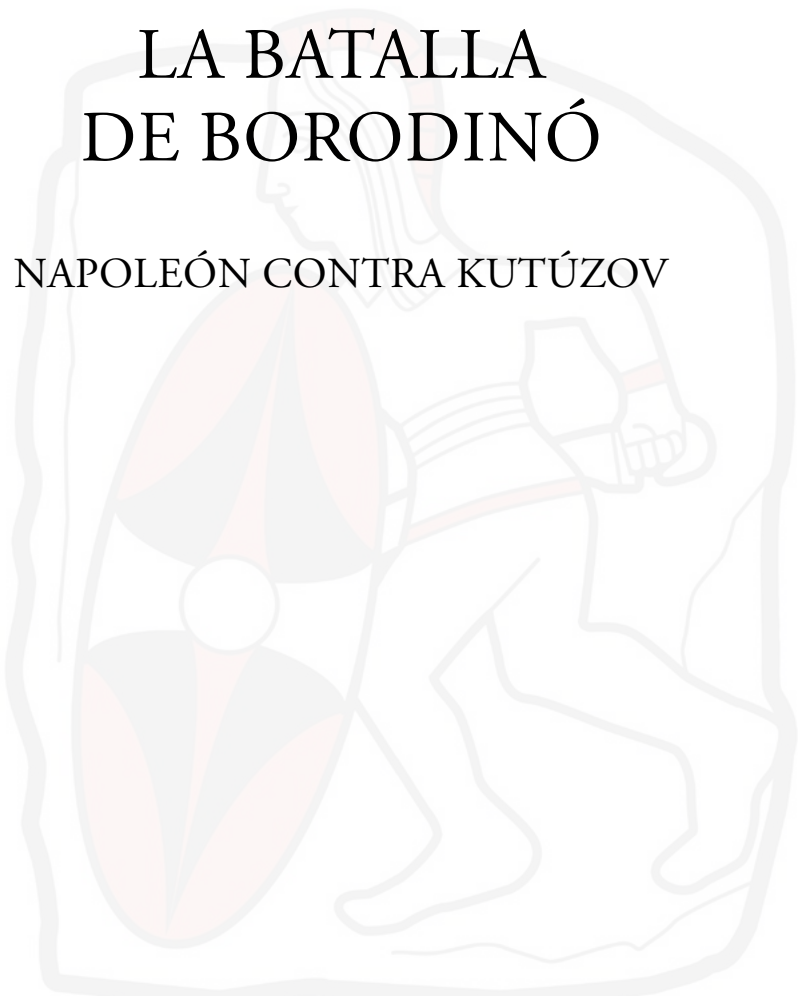
Alexander Mikaberidze



LA BATALLA DE BORODINÓ

NAPOLEÓN CONTRA KUTÚZOV

DESPERTA FERRO



EDICIONES

LA BATALLA DE BORODINÓ

NAPOLEÓN CONTRA KUTÚZOV

Alexander Mikaberidze

DESPERTA FERRO

EDICIONES



La batalla de Borodinó. Napoleón contra Kutúzov
Mikaberidze, Alexander
La batalla de Borodinó. Napoleón contra Kutúzov / Mikaberidze, Alexander [traducción de Almudena Alba López].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 432 p., 16 p. de lám. :il.; 23,5 cm – (Guerras Napoleónicas) – 1.ª ed.
D.L: M-17738-2018
ISBN: 978-84-946275-1-4
355.42(44) "19"; 355.48(44:47)
355.4; 355.1-058.65

LA BATALLA DE BORODINÓ

Napoleón contra Kutúzov

Alexander Mikaberidze

Título original:

The battle of Borodino. Napoleon against Kutuzov

Original English language edition first published by Pen & Sword Military, South Yorkshire

All rights reserved

La primera edición del original en lengua inglesa lo ha publicado Pen & Sword Military, South Yorkshire. Todos los derechos reservados

© 2007 by © Alexander Mikaberidze

ISBN: 978-1-84415-603-0

© de esta edición:

La batalla de Borodinó. Napoleón contra Kutúzov

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-946275-1-4

D.L.: M-17738-2018

Traducción: Almudena Alba López

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones

Coordinación editorial y revisión técnica: Joaquín Mejía Alberdi

Primera edición: julio 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

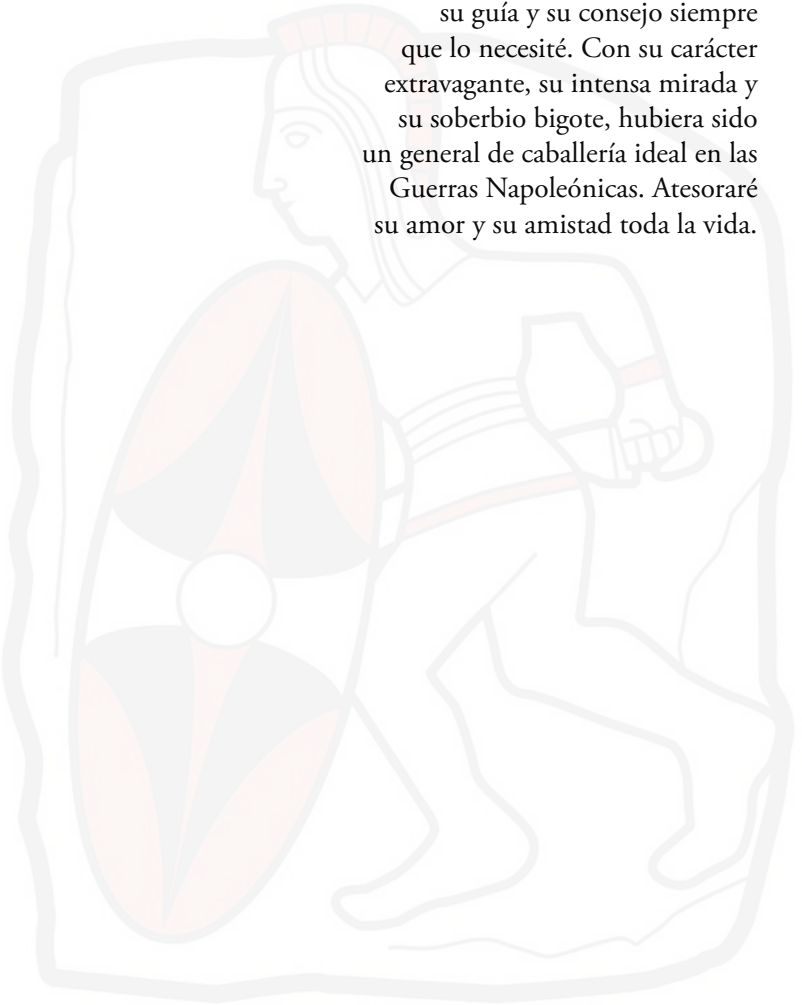
Todos los derechos reservados © 2018 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Me enorgullece dedicar este libro a mi tío Aleko (Alexander) Mikaberidze, quien ha desempeñado un papel fundamental en mi vida. Moldeó mi carácter y me brindó su guía y su consejo siempre que lo necesité. Con su carácter extravagante, su intensa mirada y su soberbio bigote, hubiera sido un general de caballería ideal en las Guerras Napoleónicas. Atesoraré su amor y su amistad toda la vida.

DESPERTA FERRO



EDICIONES



ÍNDICE

Nota del autor	IX
Prefacio	XI
Agradecimientos	XV
Capítulo 1. Contexto	1
El camino a Borodinó	2
Los preparativos de la lucha	5
Capítulo 2. Crónica de la campaña	17
Del 2 al 7 de agosto: el motín de los generales	18
Del 7 al 14 de agosto: al fin la ofensiva	20
Del 14 al 19 de agosto: Napoleón contraataca.	
Las batallas de Krasny, Smolensko y Lubino	23
Del 20 al 29 de agosto: la retirada continúa	25
Del 29 al 31 de agosto: en busca de un nuevo comandante	29
Del 1 al 4 de septiembre: la llegada a Borodinó	35
5 de septiembre: el preludio de Borodinó.	
La batalla de Shevardino	41

Ejércitos y jefes	70
6 de septiembre: la víspera de la masacre	91
7 de septiembre: primera fase de la batalla de Borodínó	
(6.00 a 12.00 h)	128
• Sector norte – El pueblo de Borodínó	132
• Sector sur – Las <i>flèches</i> de Bagration	143
• Sector central – El primer asalto al Reducto Raiévski	173
• Sector del extremo sur – La carretera vieja de Smolensko y Utitsa	195
La segunda fase de la batalla de Borodínó	
(12.00 a 18.00 h)	201
• Sector norte – El raid de la caballería	202
• Sector sur – La lucha por Semionovskoie	221
• Sector central – El segundo asalto al Reducto Raiévski	235
• Sector del extremo sur – La carretera vieja de Smolensko y Utitsa	276
La tercera fase de la batalla de Borodínó	
(18.00 a 0.00 h)	283
Capítulo 3. Consecuencias de la batalla	313
Kutúzov se retira	314
Una victoria pírrica	315
Bajas	320
Ida y vuelta a Moscú	335
Apéndice. Orden de batalla	347
Glosario	375
Bibliografía	379
Índice analítico	399



NOTA DEL AUTOR

Mientras me encontraba trabajando en este libro tuve que hacer frente a varios retos. Las fechas de la documentación original rusa se encuentran expresadas según el calendario juliano, que era el que se encontraba vigente en Rusia en aquella época. La batalla de Borodinó se libró el 26 de agosto de 1812, aunque para los franceses (y la posteridad) tuvo lugar el 7 de septiembre. En mi obra he convertido las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano, más familiar, aunque he conservado algunas al estilo juliano en las citas.

Igualmente, las fuentes francesas y rusas emplean diferentes sistemas de pesos y medidas (por ejemplo, toesas, leguas, verstas, *pud*, etc.) por lo que, una vez más, me he visto en el trance de hacer comprensibles al lector moderno estos datos (en el glosario que se incluye al final de este libro, el lector interesado encontrará una explicación de estos términos, entre otros).

Además, el lector no debe sorprenderse si encuentra numerales romanos a continuación de los apellidos de los oficiales rusos. Este fue el sistema empleado por el Ejército ruso para diferenciar a los oficiales que compartían el mismo apellido. Así, tenemos un Tuchkov IV, Ditterix III, Ilovaiski X, Grékov XVIII, etc.

Otro punto a tener en cuenta es el que se refiere al empleo en Borodinó de lanceros polacos, tanto por parte del ejército francés como

del ruso. A fin de distinguir estas unidades, he optado por denominar «lanceros» a aquellos que se encontraban al servicio de los franceses, y «ulanos» (del polaco *ulan*), a los que servían bajo pabellón ruso.

Los nombres de los regimientos rusos figuran según la traducción generalmente aceptada. Aunque eran designados de acuerdo a localidades específicas, los regimientos rusos no tenían relación alguna con dichos lugares, aunque esta se suele dar por sentada (de manera errónea) a la hora de traducir sus nombres. Así, los regimientos lituano o finlandés de la Guardia no estaban formados por reclutas procedentes de Lituania o de Finlandia como podría esperarse.

Por último, la palabra «zar», si bien se emplea a menudo para designar al monarca ruso, resulta incorrecta para denotar a los soberanos de los siglos XVIII y XIX, debido a que el título oficial de los monarcas rusos desde 1721, cuando fue adoptado por Pedro el Grande, era el de emperador. La titulación oficial del soberano ruso estipulaba, de forma específica, que era «emperador y autócrata de todas las Rusias, por la gracia de Dios».

PREFACIO

«Toda nación sufre momentos críticos que ponen a prueba la fortaleza y la nobleza de su alma», escribió el prominente escritor ruso Visarión Belinski. Para Rusia, uno de esos momentos se dio en Borodinó, el 7 de septiembre de 1812. La batalla –con un total de 280 000 efectivos en ambos bandos y 75 000 o 80 000 bajas– fue uno de los enfrentamientos de mayor envergadura del siglo XIX y uno de los más sangrientos de los anales de la historia militar. Resulta imposible subestimar su importancia en términos militares, políticos, sociales y culturales.

A pesar de la voluminosa investigación que existe sobre las Guerras Napoleónicas, la batalla de Borodinó aún necesita más estudio. La mayoría del material disponible consiste en memorias y estudios generales de la campaña de 1812 que, por su naturaleza, no pueden entrar en el análisis detallado de la batalla en sí. Entre las diferentes obras escritas en lengua inglesa y publicadas en las últimas tres décadas, las de Holmes, Duffy y Smith tratan específicamente de la batalla, pero emplean un número muy limitado de fuentes no francesas. Asimismo, contamos con los estudios de Palmer, Curtis, Zamoyski, Riehn, Nicolson, Britten, James y Nafziger, pero la naturaleza generalista de estas obras limita su tratamiento de Borodinó. Aun así, Curtis, Zamoyski y Riehn han sido capaces de consultar cierto número de fuentes en lengua rusa a fin de ofrecer una perspectiva rusa del conflicto. En Francia, ha sido

Hourtoulle quien ha publicado la obra más reciente sobre la batalla, si bien resulta demasiado concisa, mientras que Castelot, Thiry y Tranié han realizado estudios generales sobre la campaña de Rusia. En cualquier caso, todas estas obras presentan la misma deficiencia a la hora de describir la batalla, pues lo hacen, fundamentalmente, desde el punto de vista francés.

La historiografía rusa sobre Borodinó es indudablemente la más extensa de todas y cuenta con docenas de volúmenes dedicados al tema. A pesar de esto, esta superabundancia de obras no está exenta de flaquezas. La batalla ha sido estudiada muy a menudo desde un punto de vista en exceso patriótico y explotada con fines ideológicos. Muchos estudios de época soviética están escorados en lo referente a la interpretación de los acontecimientos y no son pocos los que contienen exageraciones deliberadas o hechos distorsionados. A menudo se ejercía una gran presión sobre los historiadores a fin de que se conformasen al discurso oficial. Durante la Segunda Guerra Mundial y después, el gobierno de Iósif Stalin trató de representar la lucha contra el invasor nazi asimilándola a la que tuvo lugar contra la *Grande Armée* de Napoleón, y el resto de los historiadores siguieron esta «fórmula» durante décadas.

Destacados historiadores como Zhilin, Beskrovni y Garnich marcaron el tono y emplearon sus carreras en luchar contra los «males de la historiografía burguesa», tan crítica hacia las acciones de los rusos en 1812. Poco a poco se convirtió a Kutúzov en una figura mítica que dominaba su época y a sus contemporáneos, al tiempo que Borodinó se convertía en la obra maestra del arte militar ruso con el propio Kutúzov como su artífice primordial. Así, en la versión de la batalla ofrecida por Beskrovni, «Kutúzov evitó que Napoleón hiciera cualquier tipo de maniobra o cosechara éxito alguno».¹ Garnich afirmó, por su parte, que la victoria rusa sobre Borodinó fue tan decisiva que los rusos se lanzaron en persecución de las fuerzas francesas que se retiraron durante más de diez kilómetros después de la batalla.²

Este tipo de ideas dominó la historiografía rusa durante casi cuatro décadas y abortó todo intento de estudiar la batalla de forma crítica. Los especialistas trataron de destacar personalmente glorificando las acciones rusas y el papel de Kutúzov en ellas, lo que a menudo llevó a incidentes de lo más cómico. En una reunión académica celebrada en la Universidad de Leningrado, un especialista que estaba presentando su trabajo fue interrumpido por un colega indignado que le espetó: «El camarada Stalin nos ha indicado que Kutúzov estaba “dos peldaños” por encima de Barclay de Tolly, pero en su trabajo usted dice que solo

estaba uno».³ De igual manera, algunos académicos tomaron los postulados de Stalin al pie de la letra y se esforzaron por demostrarlos con una fórmula de lo más estafalaria: Kutúzov estaba dos peldaños por encima de Barclay de Tolly, quien, a su vez, estaba uno por encima de cualquier mariscal francés y se situaba a la altura de Napoleón, lo que significaba que Kutúzov estaba dos peldaños por encima de Napoleón... Semejantes opiniones e ideas sobrevivieron hasta bien entrada la década de 1980 e incluso durante los primeros años de la de 1990: los historiadores continuaban afirmando de forma ditirámica que Borodinó fue una «victoria táctica y estratégica completa» para los rusos, que Kutúzov fue «mejor jefe militar que Napoleón», y que su genio bélico era «muy superior al de Napoleón».⁴

Entre los disidentes se encontraban Kochetkov, Shvédov y Troitski, que intentaron aportar la necesaria imparcialidad y objetividad a la historiografía rusa, pero que fueron completamente ignorados. Aunque las exacerbadas pasiones hacia Borodinó y Kutúzov se fueron mitigando a lo largo de la década de 1990, algunos escritores rusos se resisten a abandonar ese camino, negándose a criticar a Kutúzov o las acciones rusas por no resultar patriótico.⁵ Hoy en día, Bezotosni, Póпов, Vasíliev, Zemtsov, Tselorungo y otros han inaugurado una nueva tendencia en la investigación sobre Borodinó y sus obras están contribuyendo a demoler las ideas preconcebidas y la doctrina imperante durante tanto tiempo sobre la batalla. Su esfuerzo colectivo dio fruto en la publicación de una de las más sobresalientes contribuciones a los estudios napoleónicos realizadas jamás en cualquier idioma: *Otéchbestvennaia voiná 1812 goda: Entsiklopediia* (2004), una voluminosa enciclopedia de más de 1000 entradas que se mantendrá como la obra de referencia en esta materia durante muchos años. Por desgracia, este tipo de obras siguen siendo prácticamente desconocidas e infrutilizadas fuera de Rusia.

Por esto, el presente libro pretende mezclar fuentes primarias y materiales de diferentes países a fin de ofrecer un estudio equilibrado de la batalla. Se trata de una tarea abrumadora y mi única esperanza reside en haberla cumplido satisfactoriamente. La batalla se abordará desde ambos lados, aunque se pondrá más énfasis en el bando ruso. A fin de adaptarme a los requisitos de esta colección, he tenido que eliminar muchos detalles, pero la mayoría de esa información estará disponible en la página web de *Napoleon Series* (www.napoleon-series.org).

Esta obra arranca con una panorámica general de la situación política en Europa y de las causas de la guerra. A continuación, traza los primeros movimientos del grueso de las fuerzas rusas y francesas en julio y

agosto de 1812, describiendo sus acciones con mayor detalle a medida que se aproxima la hora de la verdad en Borodinó. El libro solo cubre las acciones en las que participaron fuerzas combatientes considerables, y excluye los frentes septentrional y meridional, que quedan fuera de su área de atención. La narración de la batalla se divide en tres fases y cuatro sectores. Esta distribución no es definitiva y solo obedece a un intento de organizar mejor el material. Las secciones finales se centran en las consecuencias de la batalla, las bajas y la historia de la campaña de 1812 posterior al enfrentamiento.

La gran abundancia de fuentes primarias (se han consultado unas 150 para la elaboración de esta obra) revela también el valor limitado de los testimonios personales sobre las batallas, especialmente en aquellas tan complejas como Borodinó. Aunque los puntos fundamentales de la batalla son indiscutibles, el cotejo riguroso de las declaraciones y testimonios de los implicados en ella ha revelado un buen número de disparidades y contradicciones en los detalles. Esto es especialmente cierto en lo que respecta a las horas en las que se produjeron los diferentes ataques y maniobras, que varían ampliamente en los diferentes testimonios debido a la confusión imperante en el campo de batalla, o por lapsos en la memoria de participantes que escribieron años, cuando no décadas, después de la batalla. Esto no significa que se deban descartar las memorias personales, sino que se deben analizar de forma crítica. Nos proporcionan una mirada única sobre la experiencia humana de aquella guerra y la naturaleza espantosamente salvaje de la batalla de Borodinó, algo que fue completamente nuevo para los autores de dichas memorias.

AGRADECIMIENTOS

La primera vez que oí hablar de la batalla de Borodinó fue cuando estudiaba en una escuela elemental soviética. Recuerdo muy bien el sentimiento de alegría que me embargó al descubrir que el príncipe Piotr Bagratión era de Georgia (en aquel tiempo una república soviética) y, por tanto, mi paisano. Años más tarde, me dediqué a investigar la carrera de Bagratión en mis estudios de doctorado en la Florida State University, lo que resultó muy útil a la hora de escribir este libro.

Agradezco al profesor Donald D. Horward su inquebrantable apoyo y supervisión durante mi estancia en la FSU. Tuve la oportunidad de acceder a los fondos de las Colecciones Especiales napoleónicas de la Biblioteca Strozier (FSU), que sigue siendo una de las mejores colecciones de los Estados Unidos. Quiero agradecer especialmente a las secciones de préstamo interbibliotecario de la Mitchell Library de la Mississippi State University y a Marie Crusinberry de la Santa Barbara Public Library, cuya eficiencia localizando diversos materiales resultó esencial. Me siento en deuda con Jeff Graceffo, quien me ha hecho llegar docenas de documentos después de mi estancia en la FSU.

Vivir en la era de Internet proporciona una oportunidad única para ponerse en contacto con diferentes colegas de profesión. Me siento muy afortunado por haber trabado amistad con tantas personas increíbles en el foro de la página web de Napoleon Series (www.napoleon-series.com).

series.org), donde he participado activamente durante los últimos diez años. Steve H. Smith, Tony Broughton, Rory Muir y Robert Goetz han compartido generosamente su tiempo y experiencia y me ayudaron a obtener materiales de difícil acceso. Alain Chappet, Uve Wild y Fausto Berutti me han ayudado con los materiales en francés, alemán e italiano, mientras que Jerry McKenzie y Terry Doherty me resultaron de mucha utilidad a la hora de aclarar algunos detalles del orden de batalla francés. Robert Mosher tuvo la amabilidad de remitirme docenas de fotografías del campo de batalla. Michael Hopper se prestó voluntario para editar el manuscrito y su increíble dedicación, así como sus numerosos y esclarecedores comentarios, me ayudaron a mejorarlo.

Quiero expresar mi agradecimiento a Christopher Summerville, que se puso en contacto conmigo para escribir este libro y me guio en las procelosas aguas de la redacción siguiendo los requisitos editoriales. Rupert Harding me recibió en Pen & Sword comportándose, en todo momento, con gran profesionalidad.

En un plano más personal, no habría podido sacar adelante esta obra sin el apoyo y la ayuda de mis familiares y amigos. Quiero hacer extensivo mi cariño y mi gratitud a todos y cada uno de ellos, en especial a mi esposa, Anna, por su amor y apoyo inquebrantables.

NOTAS

- 1 Beskrovni, L. (1951): *Otéschestvennaia voíná 1812 g. i kontrnastuplenia Kutuzova*, p. 66, Moskvá.
- 2 Garnich, N. (1956): *1812 god*, p. 181, Moskvá.
- 3 Pugachov, V. y Dines, V. (1995): *Istoriki, izbravshie put Galilea: statii, ocherki*, p. 137, Saratov. Véase también *Rodina*, 6-7, 1992, p. 172.
- 4 Riazánov, N. (1989): «M. I. Kutúzov i ego pisma», en *Kutúzov, M. I., Pisma, zapiski*, p. 554, Moskvá; Abalijin, B. y Dunaievski, D. (1990): *1812 god na perekrestkaj mnenii sovetskij istorikov, 1917-1987*, 79, pp. 112-113, Moskvá; Orlik, O. (1987): *Groza dvenadtsatogo goda...*, p. 105, Moskvá.
- 5 Guliáev, Y. y Soglaieva, V. (1995): *Feldmarshal Kutúzov: Ist. -biograficheskii ocherk*, Moskvá; Dunaievski, V. (1997): *General-feldmarshal, svetleishii knyaz M. I. Golenishchev Kutúzov v sotsiokulturnom kontekste*, Moskvá; Adrianova, I. (1999): *Spasitel otéhexstva: zhizneopisanie M. I. Golenishcheva-Kutuzova*, Moskvá; Shishov, A. (2002): *Neizvestnii Kutúzov: Novoye prochtenie biografii*, Moskvá.

1

CONTEXTO

Al amanecer del día 24 de junio de 1812, una figura menuda vestida con uniforme y bicornio observaba desde lo alto de una colina el río Niemen. En torno a él, en toda la superficie que podía abarcar la mirada, cada valle, desfiladero y colina estaba cubierto por una enorme hueste vibrante como un hormiguero. Este colosal ejército se desplazaba en tres columnas a través de los puentes que se habían construido la noche anterior. Varios soldados miraban con asombro la distante figura de su jefe, el emperador Napoleón, que observaba en silencio cómo las unidades más adelantadas llegaban casi a las manos por disputarse el honor de ser los primeros en poner pie en suelo extranjero. Más tarde, cerca de Kovno, un oficial francés fue testigo del cruce del río por parte de un escuadrón polaco:

Nadaron juntos hasta el centro del río, pero, una vez allí, la rápida corriente los dispersó [...] Sin remedio a la deriva, fueron arrastrados por la violencia de la corriente [...] [y] dejaron de intentar nadar y de avanzar [...] pero, cuando estaban a punto de hundirse, se giraron hacia Napoleón y gritaron «Vive l'Empereur!».

Estas fueron las primeras bajas de una funesta guerra que terminaría hundiendo el Imperio francés y que cambiaría el curso de la historia de Europa.

EL CAMINO A BORODINÓ

La guerra entre Rusia y Francia no supuso una sorpresa para muchos de sus contemporáneos debido a que, después del Tratado de Tilsit de 1807, las relaciones entre ambos países se habían tensado cada vez más. El emperador Alejandro I de Rusia no había olvidado las dolorosas lecciones de 1805-1807, cuando sus ejércitos fueron derrotados una y otra vez por Napoleón, y estaba bien al tanto del disgusto generalizado que prevalecía en Rusia, especialmente en el Ejército, sobre la «ignominiosa» paz de Tilsit. La nobleza rusa estaba irritada por lo que percibía como una sumisión de Rusia a Francia, tal como describió el príncipe Serguéi Volkonski:

Las derrotas de Austerlitz y Friedland, la paz de Tilsit, la altivez de los embajadores franceses en San Petersburgo y la reacción pasiva de Alejandro hacia las políticas de Napoleón eran heridas profundas en el corazón de cada ruso. Venganza, y nada más que venganza, era el inmovible sentimiento que nos consumía a todos. Aquellos que no compartían este sentimiento, apenas unos pocos, eran despreciados y marginados [...].

Aunque Napoleón y Alejandro parecían haberse reconciliado en 1808 en Erfurt, las fisuras en su relación se evidenciaron al año siguiente, cuando el segundo se mostró reticente a apoyar a Francia contra Austria. Rusia estaba preocupada por el cariz agresivo de la política exterior de Napoleón, sobre todo tras la anexión de Holanda, las ciudades hanseáticas y los Estados alemanes, entre los que estaba el Ducado de Oldemburgo, cuyo soberano era cuñado del zar Alejandro.

Mientras tanto, el Bloqueo Continental, que Napoleón había iniciado en respuesta al bloqueo británico de 1806, tuvo un efecto profundo en Europa y, en particular, en Rusia. Se demostró dañino para los intereses de la nobleza y de los mercaderes de Rusia, provocando un agudo descenso de comercio exterior del país. Gran Bretaña era el principal socio comercial de Rusia, a la que compró mercancías por valor de 17,7 millones de rublos en 1802, comparados con apenas 500 000 rublos de ventas rusas a Francia en el mismo año. Antes de 1807 se enviaban un total de 17 000 grandes mástiles desde Riga y San Petersburgo a los astilleros británicos, pero estas cifras bajaron drásticamente a 4500 en 1808 y a solo 300 entre 1809 y 1810. Además de madera, Rusia comerciaba activamente con grano, cáñamo y otros productos

con Gran Bretaña y, en 1800, el cónsul inglés se dio cuenta, repasando las actas de una cámara de comercio, de que «los comerciantes ingleses negociaban tanto con artículos rusos que exportaban entre dos tercios y tres cuartos del total de las mercancías». Efectivamente, en 1804, doce compañías inglesas controlaban en torno a una cuarta parte de las importaciones rusas y la mitad de sus exportaciones, mientras que otros mercaderes británicos, por su parte, otorgaban créditos a largo plazo a la nobleza y a los mercaderes rusos. El sistema arancelario proteccionista de Napoleón, por otra parte, buscaba salvaguardar las manufacturas y la industria de Francia, limitando las importaciones rusas al tiempo que incentivaba las exportaciones francesas. Por otro lado, los franceses no podían satisfacer ni el volumen ni la calidad de los productos que se demandaban en Rusia, ni podían reemplazar tampoco la capacidad de gasto de Gran Bretaña en lo que a compra de materias primas se refiere.

Los estragos financieros creados por el Bloqueo Continental de Napoleón se convirtieron rápidamente en un serio problema que puso en apuros a nobles y mercaderes y abrumó la tesorería imperial, que tenía que lidiar con un déficit que se incrementó desde 12,2 millones de rublos en 1801 hasta 157,5 millones en 1809. Semejantes problemas económicos obligaron al gobierno a ir relajando de manera paulatina la aplicación del bloqueo, en especial en lo referente a los buques de países neutrales. Hacia 1810, los barcos estadounidenses –y británicos con documentación falsa– atracaban libremente en los puertos rusos. Este comercio «neutral» fue sancionado de forma oficial mediante un decreto del emperador Alejandro emitido el 31 de diciembre de 1810 que limitaba las importaciones de productos franceses y permitía el comercio de mercancías no francesas. A medida que los productos británicos fueron llegando desde los puertos rusos al centro y este de Europa, Napoleón se dio cuenta del fuerte impacto que esta nueva política rusa tenía sobre su Bloqueo Continental, y que la cooperación de San Petersburgo con dicho sistema solo podría imponerse mediante la guerra.¹

Asimismo, Francia y Rusia discrepaban también en otras muchas cuestiones políticas, la más importante de las cuales era el destino de Polonia. Las relaciones ruso-polacas, que hundían sus raíces varios siglos atrás, se encontraban ensombrecidas por la rivalidad existente entre ambos Estados. En el siglo XVII las incursiones polacas en territorio ruso fueron algo habitual y llegaron a tomar Moscú en 1612. Sin embargo, en cuanto Rusia se convirtió en una potencia de primer nivel, el Estado polaco inició su decadencia y fue dividido, en tres ocasiones, por sus vecinos Rusia, Prusia y Austria en la segunda mitad del siglo XVIII.

Rusia fue la principal beneficiada de estos repartos, pues extendió su territorio hacia el interior de la Europa noroccidental. Naturalmente, cualquier mención de resucitar Polonia suponía una amenaza a los intereses estratégicos rusos en la región. Sin embargo, cuando la tinta del acuerdo firmado en Tilsit apenas se había secado, Napoleón creó el Ducado de Varsovia (si bien bajo el control nominal del rey de Sajonia), un acto que de inmediato San Petersburgo consideró hostil hacia sus intereses.

El afán de Napoleón por consolidar su control sobre los polacos se hizo mucho más evidente cuando, tras la derrota de Austria en 1809, anexionó la Galicia Occidental al Ducado de Varsovia, algo que de hecho expandía aún más el principado polaco. Las exigencias polacas de una eventual reinstauración de su reino no hicieron sino acentuar el temor de Rusia de verse obligada a ceder territorios. Por ello Alejandro se opuso a los proyectos franceses sobre Polonia y trató de persuadir a Napoleón de que abandonase sus planes. Ambos emperadores emplearon dos años (1809-1810) en discutir esta cuestión, pero, hacia 1811, las conversaciones se estancaron debido a que ninguna de las dos partes se avenía a ceder.

Otro aspecto de la rivalidad franco-rusa residía en los Balcanes, donde Rusia apoyaba a la población eslava local contra los otomanos. Solo en el siglo XVIII, Rusia y el Imperio otomano se habían enfrentado en cuatro guerras y una quinta estaba en pleno desarrollo desde 1806. Napoleón acordó en Tilsit dejarle vía libre a Rusia en los Balcanes, pero Alejandro se fue convenciendo poco a poco de que Francia no tenía ninguna intención de permitir que Rusia se expandiera por esta zona.

Un asunto de menor importancia –aunque también relevante para las relaciones personales entre los dos emperadores– fue el asunto del matrimonio de Napoleón con la princesa austriaca María Luisa. Ya en Erfurt, en 1808, Napoleón sugirió la posibilidad de reforzar la alianza franco-rusa a través de su matrimonio con la hermana de Alejandro. La familia real rusa era reacia a permitir que el «arribista corso» entrara en su círculo, por lo que pretextó distintas excusas para rechazar a Napoleón. La primera elección de este, la gran duquesa Catalina, fue rápidamente desposada con el duque de Oldemburgo, mientras que la emperatriz madre, María Fiódorovna, se opuso con dureza al casamiento con su otra hija, Ana, por quien Napoleón transmitió, también, una propuesta formal de matrimonio. Napoleón se tomó ambos rechazos como desprecios hacia su persona, lo que hizo que la desconfianza comenzara a prevalecer en sus relaciones con la corte rusa. Sin embargo, resulta interesante constatar que, cuando Napoleón desposó a la princesa austriaca, la corte petersburguesa mostró cierto resentimiento, debi-

do a que dicha unión marcaba un acercamiento entre Francia y Austria y un declive de la influencia rusa.

En verano de 1811, Napoleón comenzó a preparar la «segunda campaña polaca», tal como él la llamaba, con la que intentaba asegurarse una rápida victoria sobre Rusia. La gigantesca *Grande Armée*, con más de 600 000 soldados y más de 1300 piezas de artillería de campaña, se concentró en tierras alemanas y polacas. Aproximadamente la mitad de sus efectivos se componían de tropas aliadas, como por ejemplo austriacos, prusianos, sajones, españoles, bávaros, polacos e italianos. Anticipándose a una guerra inevitable, Rusia y Francia buscaron aliados: ambas intentaron obtener el apoyo de Austria y de Prusia. Sin embargo, la presencia francesa en los Estados alemanes y la reciente derrota de Austria en 1809 no dejaron a estos dos países más opción que la del sometimiento a Napoleón.

La estrategia general de Napoleón en la guerra contemplaba el uso de Suecia y del Imperio otomano a modo de flancos extremos, pero no fue capaz de influir sobre ninguna de ambas potencias. Suecia, protegida por el mar y por la Royal Navy británica, formó una alianza con Rusia (abril de 1812) a cambio de la promesa de ayuda rusa para anexionarse Noruega, entonces en poder de Dinamarca. En lo que respecta a los otomanos, parecían ser un aliado natural para Napoleón, pero habían fracasado en su guerra con Rusia, que había dejado sus arcas vacías y sus ejércitos vencidos. En junio de 1812, Alejandro I consiguió un logro diplomático significativo cuando concretó el Tratado de Bucarest (26 de mayo) con los turcos.

LOS PREPARATIVOS DE LA LUCHA

El ejército de Napoleón se desplegó en tres grupos, desde Varsovia a Königsberg:

Flanco izquierdo

- X Cuerpo, bajo el mando del mariscal Jacques Étienne Macdonald.

Grupo de ejércitos central

Ejército principal, bajo el mando directo de Napoleón

- Guardia Imperial, bajo el mando de los mariscales François-Joseph Lefebvre (Vieja Guardia), Édouard Mortier (Joven Guardia) y Jean-Baptiste Bessières (Caballería de la Guardia)
- I Cuerpo, bajo el mando del mariscal Louis-Nicolas Davout

- II Cuerpo, bajo el mando del mariscal Nicolas-Charles Oudinot
- III Cuerpo, bajo el mando del mariscal Michel Ney
- I Cuerpo de Caballería de Reserva, bajo el mando del mariscal Étienne Nansouty
- II Cuerpo de Caballería de Reserva, bajo el mando del mariscal Louis-Pierre Montbrun

Ejército de Italia, bajo el mando del príncipe Eugenio de Beauharnais

- IV Cuerpo, bajo el mando del príncipe Eugenio de Beauharnais
- VI Cuerpo, bajo el mando del mariscal Laurent Gouvion de Saint-Cyr
- III Cuerpo de Caballería de Reserva, bajo el mando del general Emmanuel Grouchy

Segundo Ejército de Apoyo, bajo el mando de Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia

- V Cuerpo, bajo el mando del general Józef Poniatowski
- VII Cuerpo, bajo el mando del general Jean-Louis Reynier
- VIII Cuerpo, bajo el mando del rey Jerónimo y del general Dominique Vandamme
- IV Cuerpo de Caballería de Reserva, bajo el mando del general Marie Victor Latour-Maubourg

Flanco derecho

- Cuerpo austriaco bajo el mando del príncipe Karl Philip Schwarzenberg

Reservas en la segunda y tercera líneas

- IX Cuerpo, bajo el mando del mariscal Claude-Victor Perrin
- XI Cuerpo, bajo el mando del mariscal Pierre François Charles Augereau

La estrategia de Napoleón era sencilla y recordaba la de sus primeras campañas. Mientras mantenía al enemigo ignorante de los objetivos exactos de su ejército, planeaba concentrar una superioridad apabullante en un punto de su elección, donde atacaría y destruiría las fuerzas del enemigo, y finalmente dictaría unas condiciones de paz ventajosas. Sabedor del enorme alcance del Imperio ruso, trató de propiciar el enfrentamiento con el enemigo lo antes posible. El emperador tenía plena confianza en obtener la deseada victoria en unas cuantas semanas librando una serie de batallas decisivas en

las áreas fronterizas. Aun así, era plenamente consciente de las dificultades a las que se enfrentaba. Además de prepararse mediante el estudio de la historia y la geografía de Rusia, sus campañas previas en Polonia le habían dotado de experiencia a la hora de combatir en zonas escasamente pobladas carentes de buenas vías de comunicación, y en condiciones climáticas extremas. En 1811 realizó una amplia preparación logística: se acumularon grandes cantidades de suministros en los almacenes de Polonia y Alemania, y se organizó una gran red de trenes de suministros para hacer llegar al ejército alimentos, carros de munición, forjas móviles y ambulancias.

En 1812, los efectivos del ejército ruso ascendían a unos 650 000 hombres, pero se encontraban dispersos en diferentes regiones. Algunos se encontraban situados en los principados danubianos, otros en Crimea, en el Cáucaso y en Finlandia, lo que dejaba aproximadamente a unos 300 000 hombres con más de 900 cañones para hacer frente a Napoleón durante las primeras fases de la invasión. Las fuerzas rusas que se enfrentaron a la *Grande Armée* se desplegaron en tres grupos a lo largo de la frontera occidental del Imperio. El Primer Ejército Occidental del general Mijaíl Barclay de Tolly (120 000 hombres y 580 cañones) se desplegó cerca de Vilna, cubriendo la ruta de San Petersburgo. El Segundo Ejército Occidental, del general Piotr Bagratión (49 000 hombres y 180 cañones) se congregó en el área de Vawkavysk y Białystok, cubriendo la ruta de Moscú. El general Aleksandr Tormásov estaba al mando del Tercer Ejército de Observación de Reserva (44 000 hombres y 168 cañones), desplegados en los alrededores de Lutsk, para cubrir la ruta de Kiev. Esta fuerza sería rebautizada posteriormente como Tercer Ejército Occidental.

Los tres ejércitos principales estaban apoyados por varios cuerpos de reserva que formaban una segunda línea de defensa. Los flancos extremos rusos estaban cubiertos por el cuerpo al mando del teniente general Faddey Steingell, en Finlandia, y por el Ejército del Danubio al mando del almirante Pável Chichágov, en el sur.

Composición de los tres ejércitos rusos principales en la víspera de 1812:

Primer Ejército Occidental, bajo el mando del general de infantería Mijaíl Barclay de Tolly

- I Cuerpo de Infantería, bajo el mando del teniente general Piotr Wittgenstein
- II Cuerpo de Infantería, bajo el mando del teniente general Karl Baggovut

- III Cuerpo de Infantería, bajo el mando del teniente general Nikolái Tuchkov
- IV Cuerpo de Infantería, bajo el mando del teniente general Pável Shuválov
- V Cuerpo de Reserva (Guardia) del gran duque Constantino Pávlovich
- VI Cuerpo de Infantería, bajo el mando del general de infantería Dmitri Dojturov
- I Cuerpo de Caballería, bajo el mando del general adjunto Fiódor Uvárov
- II Cuerpo de Caballería, bajo el mando del general adjunto Fiódor Korf
- III Cuerpo de Caballería, bajo el mando del general de división Piotr Pahlen III
- Cuerpo de Cosacos bajo el mando del general de caballería Matvéi Plátov

Segundo Ejército Occidental, bajo el mando del general de infantería Piotr Bagрати́ón

- VII Cuerpo de Infantería, bajo el mando del teniente general Nikolái Raiévski
- VIII Cuerpo de Infantería, bajo el mando del teniente general Mijaíl Borozdin
- IV Cuerpo de Caballería, bajo el mando del general de división Karl Sievers

Tercer Ejército de Observación de Reserva, bajo el mando del general de caballería Aleksandr Tormásov

- Cuerpo de infantería del general de infantería Serguéi Kamenski I
- Cuerpo de infantería del teniente general Yevgueni Márkov
- Cuerpo de infantería del teniente general barón Fabian Osten-Sacken
- Cuerpo de caballería del general de división conde Karl Lambert

A fin de hacer frente a los grandes preparativos que estaba haciendo Napoleón, el gobierno ruso intentó fortalecer sus defensas. Sin embargo, ¿hubo un auténtico plan para atraer a Napoleón a lo más profundo de Rusia, o dadas las circunstancias la retirada rusa fue inevitable? Los historiadores se encuentran divididos sobre si existió alguna vez un auténtico «plan escita» o no. Algunos defienden que Barclay de

Tolly ya contempló esta estrategia en 1807, cuando apoyó la idea de atraer a las fuerzas francesas al interior de Rusia antes de destruirlas. Otros especialistas han descartado tales suposiciones, afirmando que el gobierno ruso no tenía ningún plan concreto de retirada, y que esta se hizo por fuerza al enfrentarse a una fuerza mayor.

Los planes militares rusos en 1810-1811 conforman una imagen compleja, cuando no confusa. Alejandro, receloso de sus propios generales, les ocultaba información de inteligencia militar, así como sus planes, que trataba únicamente con su reducido círculo de consejeros. Los preparativos para la guerra comenzaron ya en 1810, e, inicialmente, su estrategia era de tipo ofensivo. Sin embargo, estos preparativos cesaron cuando Józef Poniatowski, a quien Czartoryski trató de convencer para que se pasara al lado ruso, informó a Napoleón de las intenciones de los rusos. No obstante, la planificación estratégica rusa prosiguió, y se condujo con tal secretismo que hasta el general Bennigsen se quejó por quedar excluido: «El emperador [Alejandro] no compartió conmigo ningún aspecto de su plan operativo y tampoco conozco a nadie que lo haya visto». Por su parte, el jefe del Estado Mayor del Primer Ejército Occidental, el general de división Yermólov, aún creía en la primavera de 1812 que «hasta el momento, todo está preparado para una ofensiva...».

En los dos años anteriores a la guerra se gastó mucha tinta trazando varios planes. Un especialista ruso, de hecho, ha llegado a contabilizar hasta treinta, remitidos por varios oficiales.² Muchos de estos oficiales habían analizado las operaciones de Wellington en España, así como los planes de Pedro el Grande contra el rey Carlos XII de Suecia en el siglo XVIII, mientras que oficiales prusianos como Gerhard con Scharnhorst recomendaron a los rusos plantear una «guerra defensiva».³

Varios de estos planes merecen que nos detengamos en ellos. El ministro de la Guerra Mijaíl Barclay de Tolly presentó su plan de acción en una fecha tan temprana como la primavera de 1810. Proponía establecer una línea defensiva principal a lo largo de los ríos Dvina Occidental y Dniéper. Su propósito era «plantar cara al enemigo en la frontera, luchar contra los efectivos superiores del adversario en las provincias polacas durante tanto tiempo como fuera posible, y luego replegarse a las líneas de defensa, dejando al enemigo una vasta extensión de tierra quemada, sin pan, ganado ni medio de subsistencia alguno». De esta manera, cuando el invasor hubiera agotado sus fuerzas, los rusos lanzarían una contraofensiva.⁴ Alejandro dio su visto bueno a este plan más tarde, en ese mismo año. Entre agosto de 1810 y diciembre

de 1811 se llevaron a cabo todos los preparativos de acuerdo con dicho plan. Se realizaron trabajos cartográficos y de reconocimiento del terreno en la Rusia occidental, se repararon las fortalezas de Riga, Duna-burgo, Babruisk y Kiev, y se establecieron grandes almacenes en Vilna, Grodno y otras poblaciones.

Sin embargo, a principios de 1812, el príncipe Piotr Bagratión se hacía eco de la opinión del ala dura de la oficialidad cuando reclamó una respuesta ofensiva contra los franceses. Propuso establecer una línea de demarcación en el río Óder cuya violación, «aunque fuera por un único batallón francés», se consideraría como un *casus belli*. Bagratión sugirió emplear «cualquier medio posible» para asegurarse el apoyo de Austria —o al menos su neutralidad—, y en obtener los fondos necesarios mediante un acuerdo con Gran Bretaña. Dependiendo de las acciones que emprendiese Napoleón, Bagratión defendía la invasión de Polonia y de los territorios alemanes a fin de suscitar una rebelión nacional contra los franceses y «para alejar el teatro de la guerra de las fronteras del Imperio».⁵

Ludwig Wolzogen, un oficial prusiano que se incorporó al Ejército ruso en 1807, apostó por una estrategia más defensiva y propuso desplegar dos ejércitos a lo largo de la frontera occidental. En el caso de que los franceses atacaran, uno de los dos se retiraría a una línea especial de fortificaciones bien aprovisionadas, organizada a lo largo del Dviná, el Dniéper y otros ríos, donde resistirían la invasión. El segundo ejército maniobraría contra las líneas de comunicación del enemigo. Estas ideas de Wolzogen tienen similitudes con las de un perspicaz, aunque infravalorado, informe realizado por el teniente coronel Piotr Chuikevich, de la Cancillería Secreta del Ministerio de la Guerra. Dirigido a Barclay de Tolly, el informe de Chuikevich argumentaba que Napoleón perseguiría una batalla decisiva para eliminar los ejércitos enemigos y que, por tanto, los rusos debían evitar un enfrentamiento en la medida de lo posible. Citando el ejemplo español, afirmaba que era necesario «llevar a cabo una guerra a la que [Napoleón] no está acostumbrado» y emprender una guerra de guerrillas empleando destacamentos móviles que hostiguen las comunicaciones francesas y sus líneas de abastecimiento. Chuikevich preveía que los rusos se verían obligados a dejar enormes territorios en manos de Napoleón, pero que entonces, tras haber reunido las fuerzas suficientes, estarían en disposición de entablar batalla contra unas fuerzas enemigas exhaustas, dispersas y significativamente reducidas: «la pérdida de varias provincias no nos debería amedrentar, puesto que la integridad del Imperio reside en la integridad del Ejército».⁶

El informe de Chuikevich, remitido a principios de abril de 1812, demuestra que el «plan escita» se tuvo en cuenta y se trató en sus diferentes aspectos por el alto mando ruso en la víspera del conflicto. En el mes anterior al estallido de la guerra, Barclay de Tolly y Bagрати́он ya estaban tratando acerca de la evacuación de grandes almacenes de suministros y de asolar el terreno para dificultar el avance enemigo. En sus instrucciones, el ministro de la Guerra estipulaba: «debemos evitar que el enemigo se sirva de nuestros suministros durante la ofensiva, cortar sus líneas de comunicación y emplear una política de “tierra quemada” durante nuestra retirada». ⁷ Sin embargo este «plan escita» se encontraba limitado en sí mismo y contemplaba la retirada únicamente hasta el Dviná Occidental. El propio Barclay de Tolly estaba dispuesto a rendir las provincias polacolituanas recién adquiridas y retirarse hacia «nuestras antiguas fronteras». El teniente general Kankrin concedió que «al comienzo de la guerra, nadie contemplaba una retirada más allá del Dviná, y desde luego no tan lejos como hasta llegar a Smolensko; el resultado fue que más allá de dicho río se dispusieron muy pocos depósitos de suministros».

A primera vista, las propuestas ofensiva y defensiva parecían contradecirse entre sí, pero, tal como S. Shvédov ha argumentado:

[...] la intención del mando ruso de invadir el Gran Ducado de Varsovia y Prusia no suponía una contradicción respecto a los trabajos preparativos para una amplia retirada [al interior de Rusia]. El propósito de la ofensiva preventiva era mover la zona de tierra quemada, donde los rusos querían que se diera el enfrentamiento con Napoleón, lo más oeste que fuera posible. De lograrlo, toda la carga de la guerra desaparecería de los hombros de la nación rusa y se colocaría en los de sus vecinos. ⁸

Entre los planes citados, las ideas de Wolzogen tuvieron un efecto determinante, ya que captaron la atención del teniente general Karl Ludwig August von Pfuel, un antiguo oficial prusiano que entonces aconsejaba al emperador ruso. Sabedor de que la frontera occidental rusa estaba dividida en dos partes, una septentrional y otra meridional, por los pantanos de Polesia, Pfuel sugirió que Napoleón solo podría penetrar por dos direcciones: por el norte de Polesia o por el sur de la misma. Propuso concentrar dos ejércitos y desplegar uno en la zona septentrional y otro en la meridional. En el caso de que Napoleón se acercase por la zona norte, el primer ejército se retiraría al «campamento de Drissa», en el río Dviná Occidental, y allí resistiría el ataque. El segundo ejército actuaría sobre los

flancos y la retaguardia del enemigo. Sin embargo, si Napoleón hacía su incursión por el sur, el segundo ejército se retiraría hacia Zhitómir y Kiev mientras que el primer ejército sería el encargado de atacar la retaguardia y las líneas de comunicación enemigas.

Este plan presentaba varios fallos evidentes. En primer lugar, no tenía en cuenta la posibilidad de que los franceses atacaran por ambos caminos. Asimismo, las limitadas fuerzas del ejército de Bagration convertían en una fantasía cualquier intento de atacar los flancos o la retaguardia del enemigo, puesto que a Napoleón le bastaría con oponer una fuerza igual equivalente para detener su avance. Además, los ejércitos rusos estarían divididos en varios grupos que quedarían aislados entre sí por la gran distancia y la impracticabilidad del terreno. Por último, el emplazamiento del campamento de Drissa estaba muy mal elegido, y su construcción no se había completado todavía al inicio de la guerra. Carl von Clausewitz, que sirvió en el ejército de Barclay de Tolly, estudió esta fortificación poco antes de la retirada del Primer Ejército Occidental, declarando que «si los rusos no hubieran abandonado de forma voluntaria esta posición, habrían sido atacados [...] empujados hacia el semicírculo de trincheras y obligados a capitular».⁹

Sin embargo, Alejandro confió en Pfuél y dio su visto bueno al plan. Consecuentemente, el Primer Ejército Occidental se desplegó en la zona de Polesia, en las proximidades de Vilna, mientras que el Segundo Ejército Occidental se apostó al sur. Otro asunto que vino a complicar más las cosas fue el hecho de que Alejandro era remiso a renunciar a las disposiciones estratégicas que se habían hecho con anterioridad, a pesar de que la situación en Europa había cambiado y que una guerra ofensiva resultaba del todo imposible. La falta de medios logísticos complicó todavía más los problemas de transporte de los suministros que estaban almacenados en los nuevos depósitos que se habían dispuesto a lo largo de la frontera. El resultado fue que, durante los primeros días de la guerra en junio y julio, los ejércitos rusos al retirarse no tuvieron más remedio que, bien abandonar enormes almacenes a manos de los franceses, o bien destruirlos.

Entre el 23 y el 25 de junio, el ejército de Napoleón cruzó la frontera rusa por el río Niemen, espoleado por la grandilocuente retórica de una nueva proclama imperial:

¡Soldados!

La Segunda Guerra Polaca ha comenzado. La primera terminó en Friedland y en Tilsit. En Tilsit, Rusia juró una alianza

eterna con Francia y guerra contra Inglaterra. Hoy está violando su compromiso. No quiere dar ningún tipo de explicación de su extraña conducta hasta que las águilas francesas crucen de vuelta el Rin, dejando inermes ante ella a nuestros aliados. ¡Rusia está guiada por la fatalidad y su sino deberá cumplirse! ¿Creerá que somos unos degenerados? ¿Acaso ya no somos los soldados de Austerlitz? Nos ha colocado entre el deshonor o la guerra. Nuestra decisión no admite vacilación alguna, así que ¡marchemos adelante! ¡Crucemos el Niemen! Llevemos la guerra a su territorio. La Segunda Guerra Polaca cubrirá de gloria a las armas francesas, como lo hizo la primera, pero la paz que sellaremos traerá su propia garantía de permanencia, y pondrá fin a la altanera influencia que Rusia ha ejercido en Europa durante los últimos cincuenta años.

A medida que los ejércitos rusos se retiraban, el descontento por la manera en la que se estaba llevando a cabo la guerra se incrementó con rapidez entre la tropa y la oficialidad rusa. Rusia no hacía frente a una invasión de su territorio desde la de Carlos XII de Suecia en 1709, e incluso esta acabó derrotada en Poltava. Un contemporáneo evocaba que «las victorias de [los mariscales de campo] Piotr Rumiántsev y Aleksandr Suvórov convirtieron la propia palabra “retirada” en algo censurable».¹⁰ A lo largo del siglo XVIII, Rusia venció en guerras contra Suecia, el Imperio otomano, Persia y Polonia. La campaña de Italia de 1799, dirigida por Aleksandr Suvórov, se consideró como un reflejo veraz del espíritu militar ruso, y los reveses padecidos en los Alpes quedaron eclipsados por heroicas hazañas rusas. La culpa de la derrota de Austerlitz en 1805 se atribuyó sobre todo a los austriacos, mientras que el recuerdo de Friedland se suavizó con las victorias obtenidas en Finlandia y Valaquia. Así, en vísperas de la invasión francesa, la mentalidad ofensiva prevalecía en el estamento militar ruso. Muchos oficiales no deseaban aceptar una guerra defensiva en Rusia y estaban inflamados de un ardiente deseo belicoso de luchar contra Napoleón. Según un noble ruso:

Todas las cartas que llegan del Ejército están llenas de deseos de guerra y de enardecimiento de los espíritus [...] Se dice que los soldados están ansiosos por luchar contra el enemigo y por vengar las pasadas derrotas. El deseo común es avanzar y enfrentarse a Napoleón en Prusia, pero parece que los consejeros del soberano están en contra de esta idea. Han

decidido librar una guerra defensiva y permitir que el enemigo penetre en nuestras fronteras. Todo el mundo que está al tanto de esta estrategia *alemana* [cursiva del autor] está tremendamente disgustado, pues la considera el más grande de los crímenes.

Unos días después del comienzo de la guerra, el coronel Zakrevski se quejaba:

Nos estamos retirando a esa horrenda posición de Drissa que parece condenarnos al desastre. [Nuestros comandantes] no se han puesto de acuerdo todavía en qué hacer y parece que toman las peores decisiones posibles. Se debería ahorcar al maldito Pfuel, fusilarlo o someterlo a tortura como al más ruin de los hombres...

Una carta redactada por el general Raiévski expresa un sentimiento similar: «No sé cuáles son las intenciones del soberano [...] el ascendiente de Pfuel es mayor que el de ningún otro [...] ¡Que Dios nos libre de semejantes traidores!». Sin embargo, fue Iván Odental el que mejor supo expresar la frustración del Ejército al escribir: «me parece que Napoleón ha suministrado a nuestros dirigentes grandes dosis de opio, pues están completamente amodorrados mientras que hombres [indignos] como Pfuel y Wolzogen actúan en su lugar».¹¹

A pesar de las continuas críticas hacia la estrategia de Pfuel, los ejércitos rusos continuaron retirándose hacia el campamento de Drissa. El Primer Ejército Occidental llegó allí el 8 de julio, cuando Alejandro se dio cuenta por fin de las imperfecciones del plan de Pfuel y decidió descartarlo. Apremiado por sus consejeros, Alejandro abandonó el ejército sin haber nombrado un comandante en jefe. Barclay de Tolly asumió el mando del Primer Ejército Occidental, y también ejercía su autoridad sobre el Segundo Ejército Occidental en virtud de su cargo de ministro de la Guerra.

El 14 de julio, Barclay de Tolly abandonó el campamento de Drissa, enviando al general Piotr Wittgenstein con unos 20 000 hombres a cubrir la ruta a San Petersburgo. A continuación se retiró hacia Smolensko, librando acciones de retaguardia en Vítebsk y Ostronovo. En el sur, Bagration se replegó primero hacia Minsk y después hacia Nesvizh y Babruisk, escabulléndose de las maniobras envolventes de Napoleón y obteniendo unas victorias menores en Mir y Romanovo. Cuando las fuerzas del ma-

riscal Davout lograron interceptar por fin al Segundo Ejército Occidental en Maguilov, Bagración empleó una táctica de distracción en Saltanovka el 23 de julio, mientras sus tropas cruzaban el Dniéper al sur y marchaban hacia Smolensko a través de Mstsislaw. El 2 de agosto, los dos ejércitos rusos se reunían por fin en Smolensko, con un total de 120 000 efectivos frente a los 180 000 del ejército principal de Napoleón.

Mientras tanto, en el norte, las fuerzas francesas comandadas por el mariscal Oudinot atacaron a Wittgenstein, que protegía la carretera a San Petersburgo, y tomaron Polotsk en 26 de julio. Sin embargo, en los combates que se desarrollaron en el área de Kliastitsi entre el 30 de julio y el 1 de agosto, los franceses fueron derrotados, lo que obligó a Napoleón a desviar a Saint Cyr para que apoyase las operaciones de Oudinot. En las provincias bálticas, el cuerpo de Macdonald se encontraba combatiendo cerca de Riga, mientras los rusos redirigían refuerzos desde Finlandia. Por último, en el sur, Tormásov derrotó a las fuerzas francesas en Kobrin para acorralar después a Schwarzenberg y a Reynier en la región de Volinia. El 31 de julio, el Ejército del Danubio de Chichágov se desplazó a Moldavia para dar apoyo a Tormásov.

Así que, ya en agosto de 1812, el plan inicial de Napoleón de destruir las fuerzas rusas en una batalla decisiva había fracasado estrepidamente. Los dos ejércitos rusos principales consiguieron zafarse de ser destruidos por separado y lograron reunir sus fuerzas en Smolensko, mientras que la *Grande Armée* sufrió grandes pérdidas debidas al desgaste estratégico y a la desertión.

NOTAS

- 1 Napoleón a Champagny, 5 de abril de 1811, *Correspondance de Napoléon Ier*, XXII, n. 17571.
- 2 Pugachov, V. (1962): «K voprosu o pervonachalnom plane voiny 1812 g.», en *1812 god: sbornik statei*, pp. 32-34, Moskvá.
- 3 Fabry, I, i.
- 4 Barclay de Tolly a Alejandro, marzo de 1812, *Otéchestvennaya voiná, 1812 goda. Materialy Voennouchebnogo arkhiva Generalogo Shtaba*, (en adelante, *Archivos del Estado Mayor*), I, parte II, pp. 1-6.
- 5 Bagración a Alejandro, ca. marzo de 1812, *General Bagración: Sbornik dokumentov i materialov* (en adelante, *Correspondencia de Bagración*), Golubov, S. (ed) (1945), pp. 134-136, Moskvá.
- 6 Bezotosni, V. (1996): «Analiticheskií proiekt voyennij deistvii v 1812 g. P. A. Chuikovicha», en *Rossiiskii arjiv*, 7, pp. 43-49.

- 7 Instrucciones al general-ayudante Saint Priest (sin fecha, junio de 1812); de Bagratión a Alejandro, n.º 283, 18 de junio de 1812; de Bagratión a Barclay de Tolly, n.º 294 (secreta), 18-22 de junio de 1812, *Archivos del Estado Mayor*, XIII, p. 49, pp. 96-97 y p. 414, respectivamente.
- 8 Shvédov, S. (1992): «O plane otstupleniya rússkoi armii vglub strany v 1812 g.», en *Otéchestvennaya voiná 1812 g. Rossia i Evropa*, p. 35, Borodinó.
- 9 Clausewitz, pp. 24-25.
- 10 Radozhitski, I. (1835): *Pokhodnie zapiski artilerista s 1812 po 1816 g*, I, p. 37, Moskvá.
- 11 *Ruskaia starina*, 9, 1885, pp. 396-397, de Zakrevski a Vorontsov (un día de julio de 1812), en *Arjiv kniáznia Vorontsova* (1891), vol. 37, p. 229, Moskvá. De Raiévski a Samoilov, 10 de julio de 1812, *Arjiv Raiévskii* (1908), I, pp. 152-153, Sankt Peterburg; de Odental a Bulgákov, 14 de agosto de 1812, *Ruskaia starina*, 8, 1912, p. 166.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«Toda nación sufre momentos críticos que ponen a prueba la fortaleza y la nobleza de su alma». Para Rusia, uno de esos momentos se dio en las cercanías de Moscú el 7 de septiembre de 1812, clímax de la invasión napoleónica que precederá al desgarrador desenlace de esta tragedia, la terrible retirada francesa. La batalla de Borodinó, en la que participó más de un cuarto de millón de soldados y dejó tras de sí un campo sembrado de cadáveres, fue uno de los enfrentamientos de mayor envergadura del siglo XIX y uno de los más sangrientos de los anales de la historia militar. Resulta imposible subestimar su importancia en términos militares, políticos, sociales y culturales, por lo que sorprende que el lector occidental haya carecido de un análisis exhaustivo de esta batalla y del imprescindible punto de vista ruso. Hasta ahora.

En este provocador nuevo estudio, el historiador napoleónico Alexander Mikaberidze reconsidera la campaña napoleónica de 1812 y vuelve a relatar la apasionante historia de la batalla de Borodinó, terrible y épica a partes iguales, en la que conjuga con espíritu crítico un abrumador compendio de fuentes francesas, alemanas, británicas y, por supuesto, rusas. Su original y minuciosa investigación proporciona al lector una nueva y fresca perspectiva de la batalla, así como una comprensión más amplia de las razones subyacentes para el eventual triunfo ruso en la campaña de 1812, el principio del fin del poderío napoleónico en Europa.

**Alexander Mikaberidze es John Elting Award
de la Napoleonic Historical Society**

ISBN: 978-84-946275-1-4



P.V.P.: 26,95 €

**GUERRAS
NAPOLEÓNICAS**